

Año. 10 No. 10. Semestre B de 2023 ISSN: 2322-9977

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

Barry



Universidad
del Tolima



Una nueva historia
ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

REVISTA ERGOLETRIAS

Año. 10 No. 10.

Semestre B de 2023

ISSN: 2322-9977

Rector
Omar Albeiro Mejía Patiño

Vicerrectora de Docencia
Martha Lucía Núñez R.

Vicerrector Desarrollo Humano
Diego Alberto Polo Paredes

Vicerrector Administrativo y Financiero
Mario Ricardo López Ramírez

Vicerrector de Investigación – Creación,
Innovación, Extensión y Proyección
Social
Jonh Arteaga Jairo Méndez

Director Idead
Carlos Arturo Gamboa Bobadilla

Secretaría Académica Idead
Marien Alexandra Gil Serna

Director Publicación
Nelson Romero Guzmán

Comité Editorial
Carlos Arturo Gamboa B.
Elmer Hernández
Jorge Ladino Gaitán
Hernán Ruiz

Asistente Editorial
Norma Constanza Torres Espinosa

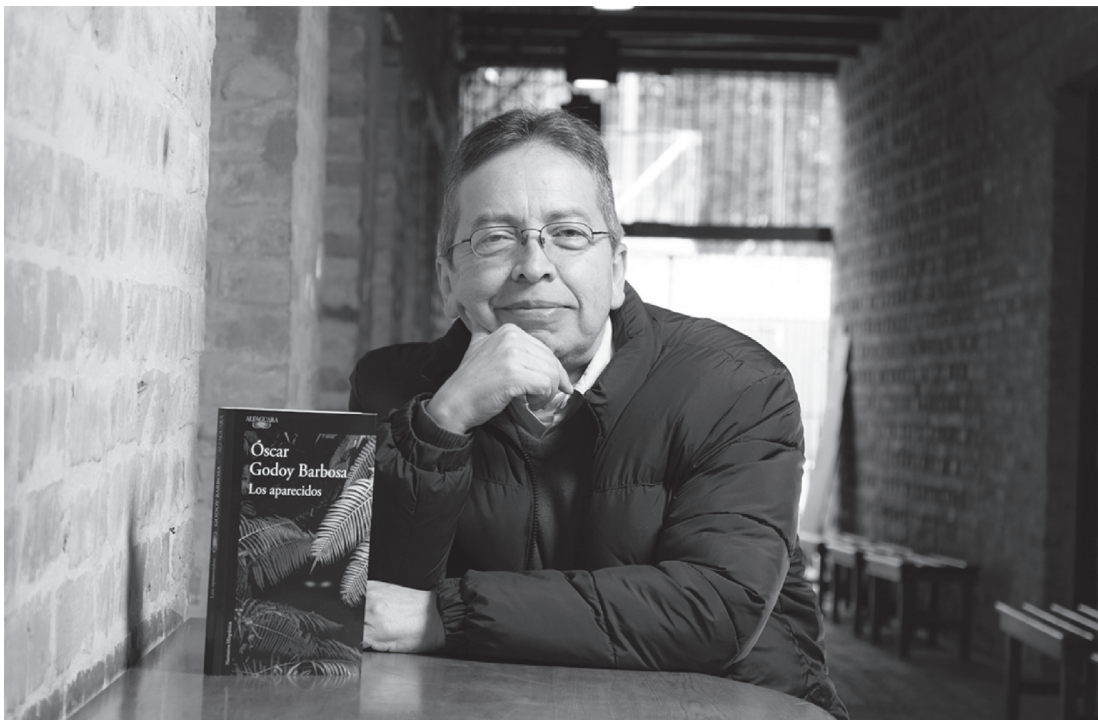
Diseño
Andrés Mauricio Ospina Ariza

Imágenes
Tomadas de la WEB suministradas
por el director de la revista

Dirección
Universidad del Tolima Sede Centro/
Barrio Santa Helena
Correo electrónico:
revistasidead@ut.edu.co

Oscar Godoy Barbosa

(Ibagué, 1961)



Afuera la lluvia

—Ven...

Y cómo decirle que no, si la tarde caía y al otro lado de su puerta acechaba la calle inhóspita y helada. Cómo negarme a ese cuerpo, si mis sentidos lo reclamaban con rabia. La miré bien cerca, antes del primer beso. Para qué contarle que Silvia no regresaría, que me ahogaba en una ausencia de alientos, de texturas, de humores escondidos. Para qué decirlo si ella no quería escuchar, si mi falta de amor no le interesaba, si sólo quería sentirme por su piel, lastimar sus labios, despertar sus poros. Qué necesidad de aclaraciones o reglas claras, si su boca pedía ven, ven, ven, si sus senos eran ondas y su espalda un tobogán. Ya no pude pensar más: que la tarde muriera afuera, atrás de las gruesas cortinas, que mis manos hicieran un caos de su pelo y mi olfato descubriera sus olores. La sangre inyectó color a sus mejillas, calentó las mías, se regó por dos cuerpos empeñados en esa incierta labor de cuatro manos, cuatro piernas, seis labios, dos fricciones y una sola sensación necesitada.

La miré. Aunque sus ojos hurgaban en los míos, supe que no me veía. Miraba hacia adentro de ella misma, a lo que decía su cuerpo, a aquello que la obligaba a

entreabrir la boca, al temblor que empezaba a ganar, a crecer, a llenarla. En ese momento acabó de borrarme de su mente. Yo también estaba allí por accidente, pasajero creador de su placer. Puso sus manos en mis nalgas, me aprisionó y me hundió, me movió a su antojo, y también yo dejé de verla, también la perdí de vista, no sé si cerré los ojos o si los jadeos me cegaron. Ya no la vi más, nos despedimos, cada uno en su propia caverna electrizada. No nos volvimos a encontrar sino mucho rato después, después, cuando la muerte pasó de largo y los espasmos comenzaron a espaciarse, sin desaparecer del todo.

Entonces sí nos miramos de verdad. Me sonrió despacio y sus labios, sus dientes, sus mejillas de nuevo pálidas, brillaban con ella. No sé cómo sería mi cara, la expresión que tenía, pero al mirarme soltó una risita suave y me besó. Su cuerpo seguía pegado al mío. Sus manos me tocaban despacio. Afuera la lluvia. Las gotas golpeaban los vidrios con fuerza, en copiosa invitación a permanecer bajo las cobijas.



Y de pronto, como en una premonición que finalmente se confirma, con el alivio o la aprehensión que se sienten cuando al fin aparece la certeza, me alejé de su cuerpo. Todavía no me explicaba lo que hacía allí, lo que me había impedido escapar hacia la calle, pero eso ya no importaba. Por su mirada de alivio supe que a ella le ocurría lo mismo. Ninguna presencia tibia, ninguna mano deslizada bajo la almohada, ninguna mirada ni sonrisa entre los dos, harían parte de nuestra vida en adelante. Aparté las cobijas con decisión y ella no hizo ningún esfuerzo por detenerme.

Volver a la noche. Aún goteaban las nubes; había hielo en el aire. Me detuve en la acera de en frente y miré su ventana del tercer piso. La gruesa cortina se movió de manera casi imperceptible. ¿O sería impresión apenas de mis ojos miopes? Quise creer que se había movido, que ella estuvo asomada para verme salir y se apartó con prisa para no delatarse. Imaginé su cuerpo, tal vez desnudo todavía, curvado hacia adelante. ¿Habría sonreído al hacerlo? Caminé unos pasos y miré de nuevo. Ahora sí la cortina se movió y dejó ver una huella de luz atrás de ella. Sonreí y me quedé quieto, concentrado en la ventana. Luego conté dos, tres, cuatro segundos,

y la cortina se corrió de nuevo. Vi su sombra, percibí sus hombros, su sonrisa. Entonces sí me alejé, sin hacer ningún saludo. Sabedor de su mirada sobre mi espalda, contuve con todas mis fuerzas las ganas de regresar. Doblé la esquina y me detuve. Hacía frío, mucho frío; mi cuello descubierto empezaba a sentirlo. Pensé que horas antes, cuando enfrenté esa misma calle en sentido inverso, mis pasos por la calle sonaban distinto. No lograba definir lo que había cambiado en apenas aquel fragmento de la noche.

Sin pensarlo más, desde la esquina, me asomé por última vez a su calle. La ventana permanecía a oscuras. Tal vez había regresado ya a su cama, cansada del corto juego, aliviada de saberme lejos. Miré el reloj: no habría metro hasta tres horas más tarde. Maldije mi necesidad de siempre jugar limpio. En lugar de su cama tibia, de su cuerpo dispuesto, ahora tendría que abrirme paso, en medio del frío, hasta mi cuarto en sombras. Di media vuelta, resignado, pero un ruido me detuvo. La puerta se había abierto y una figura, ella, terminaba de ponerse el abrigo y caminaba de prisa en mi dirección. Se sorprendió cuando me vio en la esquina: había esperado correr para alcanzarme. Nos fuimos caminando sin cogernos de la mano, sin mirarnos, sin saber qué decir. Nunca entendí por qué simplemente no nos devolvimos. Qué importancia tenía: nuestros pasos se alejaban por la *rue de Vaugirard*. La posibilidad de mi cuarto amaneciendo por sus ojos me bailaba en la cabeza.





ERG OLETRIAS

Salvador Dalí